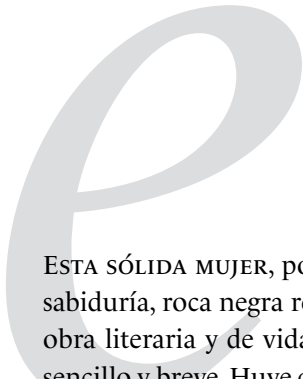


Dolores Castro Varela, mi maestra

Teodoro Villegas



Fotografía: Pascual Borzelli Iglesias



ESTA SÓLIDA MUJER, poeta, esposa, madre, amiga..., es una roca amorosa, llena de sabiduría, roca negra rodando los caminos para construir verdades, palabras, en su obra literaria y de vida. Una poeta intensa, luminosa, con un lenguaje depurado, sencillo y breve. Huye de todos los excesos retóricos; la sobriedad y el rigor en el uso de la palabra poética sustentan su obra.

Su voz siente, reflexiona y vive la realidad y después la plasma, con sensibilidad extrema, en la palabra escrita, intimista y radical. Su poesía es vital, resultado del trabajo constante, riguroso, paciente; cultiva la palabra cuidadosamente para llenarla de espíritu, imaginación e intensidad.

Mujer paridora de amor, hijos, vida y poesía, nos lleva de la mano a descubrir el poder de las palabras mediante su obra. Ha publicado diecisiete libros de poesía, una novela y un ensayo.

Esa mujer que lleva por nombre Dolores Castro Varela, contempladora de la vida y cazadora de palabras que nombran, tiene otra gran vertiente creativa, es la voz de la poeta convertida en maestra, mano conductora de sentires, entregada por más de cincuenta años a compartir sus saberes, formando jóvenes en el arte descubrir el lenguaje y nombrar para construir inmensidades.

Conocí primero su obra, a principios de los años sesenta, gracias a dos mujeres fundamentales en mi vida: Margarita Paz Paredes (Margarita Camacho Baquedano) y su hija Yamilé, ambas poetas y luchadoras sociales, que me llevaron al mundo de la literatura y su creación.

Años después, en 1982 o 1983, pude estar frente a ella y empezar a tratarnos. Fue en el ILCE (Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa) —donde empecé a dar un taller de guionismo en radio, después de mi abrupta salida de Radio Educación— que entre los alumnos descubrí a Dolores Castro, a quien admiraba por su obra poética. Al término de la sesión me acerqué a ella para preguntarle la razón de su asistencia a ese taller, sabiendo el muy buen trabajo que había realizado en Radio UNAM como guionista y conductora. Su respuesta fue sencilla e impactante, quería seguir aprendiendo a escribir para la radio, y enumeró y elogió mi trabajo en Radio Educación como guionista, productor y director de programas, sobre todo dramatizados. La maestra me dio una lección de humildad y sencillez. A partir de ese momento surgió un afecto creciente, ahora convertido en amistad.

Supe de su excelente trabajo como maestra, tanto en instituciones de enseñanza superior como en talleres de poesía y escritura creativa, en voz de muchos de sus alumnos. Años después pude constatarlo personalmente cuando fuimos compañeros profesores en la Escuela de Escritores de Sogem, que inició sus cursos en enero de

1987 con una plantilla de creadores dispuestos a entrarle al experimento de dar a los alumnos herramientas personales de creación escritural, acercarlos y motivarlos en la escritura. El experimento funcionó, egresaron muchos jóvenes que fueron escritores reconocidos y premiados; la escuela creció y con ella la planta docente.

A mediados de 1996 Dolores Castro se integra como maestra durante dos años y medio. En junio de 1999 soy nombrado director de la escuela y le pido que regrese, lo que hace en enero de 2002, a los 79 años, con la misma pasión, amor y entrega de siempre. Sus exalumnos son testigos indiscutibles de la calidad de su trabajo y dedicación.

En 2003 un grupo de organizaciones civiles y exalumnos de la maestra, encabezados por Raquel Olvera, invita a la Escuela de Escritores a unirse al homenaje por sus 80 años de vida, para lo cual solicitamos, por medio de Sogem, la Sala Manuel M. Ponce, que nos fue concedida de palabra, se hicieron todos los arreglos necesarios y se armó la mesa de participantes. Entonces apareció la burocracia cultural, y el menosprecio de las autoridades culturales del país por los creadores quedó manifiesto. Una semana antes del acto los directivos del INBA y el Palacio de Bellas Artes nos informan que se cambia la sede a la Sala Adamo Boari. ¿La razón?: “no van a llenar la Sala Ponce, nadie conoce a Dolores Castro”. El homenaje se llevó a cabo ante la mirada escrutadora del entonces subdirector del INBA, quien se sorprendió de la cantidad de personas, quienes habrían saturado la negada Sala Ponce, prueba irrefutable de que la obra de la maestra Castro era ampliamente conocida y apreciada.

Doce años después, en diciembre de 2014, es reconocida con el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura. En 2007, ante las acusaciones que me hacen los directivos de Sogem y mi inminente renuncia, ella es la primera que solidariamente lo hace; además, participa activamente en las reuniones que se realizaron tratando de evitar la inminente desaparición de ese gran proyecto.

Hoy, con 91 años y una vasta obra literaria, además de la interminable labor de vida compartiendo sus conocimientos, la escucho decir, en entrevista con el periódico *La Jornada*: “Estar al día me permite escribir todavía. Quien escribe como ayer o antier está perdido; quien no tiene una imagen, aunque sea oscura, de lo que ocurre, de qué va a hablar y, sobre todo, de qué va a escribir. Un escritor tiene que dar testimonio no solamente de su persona, sino de él en su época”.

Esa mujer, pura conciencia, experiencia, sensibilidad, inteligencia y amor solidario, sigue dejando huella en nuestras vidas.

Gracias por treinta y dos años de amistad y enseñanza, MAESTRA DOLORES CASTRO. 